

XI Certamen Internacional de Relatos Biblioteca de Alovera

1º Premio categoría de adultos

UNA DEUDA PENDIENTE

Sé que estás por aquí, es casi como si pudiera sentir tu presencia. No obstante, entiendes muy bien que, aunque te viese, sería incapaz de reconocerte. Y tú sabes que esa es tu mejor baza.

No existe un patrón temporal específico para realizar el expurgo en esta biblioteca, porque la decisión se toma en cuestión de minutos. De vez en cuando, los responsables del centro deciden bajar de sus despachos y deambular alrededor de las estanterías, escudriñando mobiliario, documentación y, por qué no decirlo, nuestro comportamiento en la retaguardia del mostrador para con los usuarios. Y tras innumerables periplos a través de los años, arriba un determinado momento en el que, después de uno de esos eventuales paseos, súbitamente deciden que las baldas se encuentran repletas de libros cuyo préstamo nadie va ya a necesitar.

Ello significa de manera inexorable que, en cuanto comience el verano y apenas entre nadie por la puerta, mis compañeros y yo nos enfrentaremos a una nueva tarea: examinar cada ejemplar y decidir quién vive y quién muere. Y esa es la elección precisa de palabras, porque con cada libro que se destruye existe una parte de su autor que muere con él. Eso es lo que siento cada vez que condeno a una obra a su extinción.

Y hoy, después de ocho años, vuelvo a calarme el verdugo para encarar una nueva purga.

Todavía no he detectado tus huellas, pero sé a ciencia cierta que, hace muy poco, has estado aquí. Igual que ocho años atrás, cuando impediste el expurgo de casi un centenar de ejemplares. Probablemente seas un antiguo bibliotecario y, gracias a ello, por mero instinto, eres capaz de detectar cuándo y cómo se va a producir. De esa manera logras adelantarte a mis movimientos; si no es así, no entiendo qué portentosas aptitudes vertebran tu intelecto para poder anticiparte a todos nosotros. Y, ahora mismo, en tu cabeza, debes tener muy claro que cualquier libro que caiga en mis manos y confiese a través de su hoja de vencimiento que no ha abandonado su estantería durante estos últimos ocho años, ya nunca retornará a su balda. Quedará hospedado junto al resto de señalados en una lúgubre caja de cartón: su cadalso, su fosa común. Su ataúd.

Ocho años, una y otra vez, ocho años. Hace exactamente ocho años que revelaste tu presencia. Libros de hojas amarillentas que, de manera sorpresiva, habían sido rescatados por medio de un préstamo, su irrefutable salvavidas, en los últimos tres meses. Libros continentes de páginas de color pajizo, cuya única labor había consistido en absorber el polvo de toda una década sin ausentarse de su lugar, hasta que en aquellas últimas semanas un bienhechor anónimo los había depositado en el mostrador junto a un carnet de usuario, con el singular objetivo de procurarles una vida más longeva. Libros que ya no merecían la atención de nadie desde hacía más de dos lustros, a excepción de la de una persona que, confidencialmente, había decidido salvarlos.

Soy consciente de que te he tenido cara a cara en numerosas ocasiones, tramitando sin saberlo tu insólita causa. No obstante, tu anonimato sigue burlándose de mí. Esta vez será distinto. Estaré atento al registro que me

devuelva el ordenador, porque tu nombre y tu número de usuario delatarán tu marca en los ejemplares que hayas decidido rescatar.

¿Qué eres, héroe o villano? ¿Eres el héroe que hace posible que el comprometido trabajo de un autor trascienda a través de los años, o eres el villano que impide a bisoños escritores ilusionados aposentar sus obras en esas mismas estanterías, al carecer de espacio?

Supongo que puedes ser ambos a la vez.

Me dispongo a iniciar la criba, pero, por esta única vez, decido darle comienzo a mi modo; probablemente sea análogo al que tú empleas para producir el efecto contrario. Escruto las estanterías hasta hallar mi objetivo: el que parece a simple vista el libro más vetusto de toda la biblioteca. Conforme lo aferro parezco entender que, de una manera arcana y enigmática, acabamos de conectarnos a través del contacto con la misma cubierta. No obstante, también comprendo de idéntica forma que nuestra misión es antagónica. Quizá no seas héroe y villano al mismo tiempo, después de todo.

Quizá yo sea tu villano. Quizá tú seas el mío.

Abro el libro, confiando en volver a encontrarte.